

Ensayo sobre modernidad y ética de la diferencia.

Una y otra vez, humanismo... siempre humanismo

Patricia Urquileta Crespo, Oruro, 1970. Escritora y Licenciada en Ciencias de la Comunicación Social. Su producción concentra temáticas literarias y culturales

(Primera de tres partes)

... todo quien no lucha contra Moby Dick es responsable del horror; quien tolera al monstruo blanco, colabora a su obra de muerte. La lucha contra Moby Dick es la única Jaena propia del hijo de la tierra

Fernando Savater
Ahab como ejemplo

... he sentido el humanismo como fidelidad al sentido de la tierra, cuyo calor zarandeado guarda el hombre.

Fernando Savater
Humanismo impenitente

Freud hace referencia al protagonista de una historia que, ante la inminencia del suicidio, se consulta reconociendo que no tiene opción: "Por cierto que no podemos caer nos de este mundo; he nos aquí de una vez por todas". ÓDe una vez por todas' es la sentencia que debemos aceptar; este lugar y este mundo como el espacio que habitamos sin alternativa, como un espacio temporal que el hombre ha denominado modernidad. En 1930, Freud llama a esta su obra "El malestar de la Cultura"; ya entonces, principios de siglo, se está pensando en la cultura como categoría de análisis y su referencia al malestar, la crisis e incomodidad que provoca en el hombre.

Ubicado este espacio temporal, las discusiones han dejado de ser universales y hoy se presentan a partir de teorías más bien regionales que reflejan necesidades cada vez más concretas, como lo son las de América Latina, desde su destino creado de periferia. Los intereses por lo tanto se debaten entre quienes buscan nuevos lugares donde ir y aquellos que buscan donde llegar. En este sentido, la modernidad es aquella manera de producción cultural a la que se refiere Mariaca: etapa que se presenta acompañada de la democracia (participativa), la forma capitalista y la escritura. En su dimensión más restringida -por su historicidad- se habla de la democracia no como derecho al voto sino como el derecho a la identidad, a la especificidad; y del capitalismo, como lo sugiere Jameson, en su tercera etapa, en la fase más pura que cualquiera de los momentos precedentes. Jameson sostiene que toda posición posmoderna en el ámbito de la cultura implica necesariamente una toma de postura política sobre la naturaleza del capitalismo multinacional actual, del que se desprenden los productos de lo que llama la cultura posmoderna.

Si asumimos que la modernidad es algo deseable y legítimo, además de inhabitable, y que existe una necesidad existencial de contar con una verdad, como aquello que nos convierte en modernos, entonces nos referimos a la modernidad cultural en América Latina para la que se creyó que la salvación era la cultura, poder ser nosotros mismos a través de la cultura. La modernidad no como modelo que se debe alcanzar, sino como la manera en que el individuo se explica su cotidianidad. Debemos caminar con lo que tenemos -sugiere Mariaca- con lo que hemos hecho, no inventar otro mundo, sino entender y mejorar el que tenemos.

Pero, ¿cuál es esa modernidad que nos constituye?, ¿cuál es el modo de apropiación de la modernidad? Es posible intentar una respuesta sugiriendo una modernidad metropolitana, o mejor aún, una modernidad urbana. La ciudad como el refugio de la esperanza de desarrollo -para los migrantes campesinos acosados por la dificultad- y la metrópoli como el deseo de la construcción de un espacio moderno sumido en la técnica y las luces de neón, propias de occidente. Pero, más que esto, es una modernidad metropolitana por el conflicto en que coexisten la naturaleza, el hombre urbano y las culturas premodernas más bien propias de los países latinoamericanos. Comunidades rurales que se desplazan hacia el centro hegemónico buscando participación y reinserción en una sociedad que emple-

za a reflexionar con una lógica de la diferencia; frente a la modernidad central, europea, que quiere solucionar los conflictos a nombre de armonía, homogeneizando la cultura y la vida, partiendo de una lógica de la igualdad.

La lógica de la diferencia, sin embargo, tiende a camuflar las desigualdades más profundas dentro de la sociedad. El derecho a la especificidad, fruto de la condición moderna (posmoderna), ha llevado también a ahondar las diferencias raciales y a componer discursos segregacionistas a nombre de identidades recuperadas o reivindicadas. Posiblemente éste sea uno de los modos de apropiación de la modernidad desde América Latina: la recuperación y replanteamiento de discursos sobre el componente cultural integral de cada país, la constitución de sus sociedades, la descripción de sus propias necesidades y, por lo tanto, la búsqueda de caminos de salida también propios.

Los Intermediarios

En esta modernidad aparece la figura del intelectual, un oscilante que procura imaginarse la forma en que podamos dejar de ser lo que somos y ser otra cosa; trata de conectar el descubrimiento de lo que somos con la invención de lo que queremos ser. Una invención que nos viene de la literatura... como lo que más se aleja de la ciencia y lo que más se acerca a la ficción, a la imaginación de lo que queremos hacer con nosotros. Una suerte de descolonización cultural, en razón a una producción propia, de lectura de nuestras letras para construir una palabra que nos identifique, que diga aquello que sólo nosotros podemos decir. Cuando Mariategui se refiere a la desolonización, él entiende no la recuperación de la pureza sino un ejercicio político de liberación, de creatividad.

Los intelectuales han reemplazado a los científicos que América Latina no produjo -ensayando nuevas posibilidades a partir de los delineamientos existentes en una actitud racional e irracional- descubriendo e inventando al mismo tiempo. Esta invención aparece como el modo en que se deben enfrentar las preocupaciones modernas, muchas veces importadas; invención como una manera casi lúdica y de ejercicio de libertad al salir de la convención de las ciencias duras; verdades no universales, sino probables, propuestas no solamente lógicas sino imaginativas.

Para algunos la modernidad tiene límites que nos construyen, que no nos dan posibilidad de ir más allá porque ella misma entró en un proceso entrópico, de degradación, donde incluso las utopías son entrópicas, donde lo único posible es crear algo nuevo, ¿qué? Sistemas caóticos que hagan del debate y del conflicto su modo de ser, extenuar la modernidad sin fragmentación, como quisiera la posmodernidad.

Modernidad y posmodernidad.

Dentro de la paranoia que implica situarse en la modernidad para referirse a la posmodernidad, como momento histórico y también como movimiento intelectual, parece necesario hacer algunas precisiones conceptuales de esta terminología.

El debate sobre la crisis de la modernidad "moderna" o de la modernidad "contemporánea" sólo es posible a través de su continuo diálogo con la posmodernidad, concepto ya inevitable por irresuelto.

Este diálogo quiere decir, en muchos casos, ambigüedad, no solamente porque el término es equívoco, sino porque la delimitación es inexistente en lo temporal y en lo conceptual. Si bien se dice que es a principio de los sesenta cuando se puede ubicar el origen de la noción de posmodernidad, la especulación teórica (retórica) ha llevado a pensar a Nietzsche, por ejemplo, como el primer posmoderno. Anotamos la inexactitud sobre la que estamos trabajando este ensayo que busca anotar una posición ante la crisis de la modernidad desde una actitud humana, por eso subjetiva, por eso posible.

La modernidad ha penetrado en la cotidianidad a través de la diseminación del arte moderno, de la sociedad de

consumo, de las nuevas tecnologías y de nuevas formas de transporte y de comunicación, sostienen Best y García Canclini. La dinámica a partir de la cual la modernidad produce un nuevo mundo industrial y a la vez colonial es lo que podría describirse como "modernización" (término que denota procesos de individualización, secularización, industrialización, diferenciación cultural, urbanización, etc.). Respecto a la posmodernidad, Best cita a los teóricos que sostienen que las tecnologías, las nuevas formas de conocimiento y los cambios en el sistema socioeconómico están produciendo una formación social posmoderna. Lyotard y Baudrillard interpretan estos desarrollos en términos de nuevos tipos de información, conocimiento, de tecnologías; mientras que nos neomarxistas, como Jameson y Hervey, hablan del posmodernismo en términos de desarrollo a un estado elevado de capitalismo, caracterizado por un alto grado de penetración de capital y, por lo tanto, de homogeneización del mundo.

La teoría posmoderna además niega las nociones de coherencia social y de causalidad, a favor de la multiplicidad, la pluralidad, la diferencia, la fragmentación y la indeterminación. Así, la "posmodernidad" describe una supuesta época que continúa a la modernidad en tiempo; mientras que el "posmodernismo" describe los movimientos y dispositivos en el campo cultural que pueden distinguirse del modernismo y sus expresiones. A crítica de Best hacia la teoría posmoderna tiene que ver principalmente con la incapacidad de la práctica teórica a los acontecimientos históricos-políticos de los años 80. Las presunciones respecto al fin de la historia, de las ideologías, a la sociedad, a las masas -el renunciamiento a la teoría social sistematizada por una apoteosis de la fragmentación, el nuevo nihilismo y su sentido de apatía e inercia son asuntos que deben primero criticarse y luego superarse. Sostiene Best que la posmodernidad es el espacio de seducción donde los intelectuales construyeron su refugio contra la marginación de la tecnología para mantener su vigencia.

Los fenómenos actuales exigen que se vuelva a revisar aquellos de la sociedad de consumo y acumulación de capital, los media, la información, la nueva versión de revolución industrial y mecanización de la cultura a través de las computadoras, pues esta tecnología de globalización antes que lograr el ansiado lenguaje universal, trae la incertidumbre total, malestar y vertigo permanente. Desde el Tercer Mundo la posición tiene que ver con el estrechamiento ante una «realidad virtual» por la falta de reconocimiento de este espacio de la técnica, imposibilidad de alcanzar esa modernidad de la que Latinoamérica es fuerza de trabajo, maquila o recinto de desechos.

Surge la tarea del intelectual en pos de esa descolonización cultural, en una actitud de convencimiento de la capacidad de producción que pregonaron las autoridades literarias de este siglo. Una propuesta alejada de lo que se ha dado por llamar literatura postcolonial, pues lo posmoderno y lo poscolonial presentan sus cartas crediticias avaladas por la moda académica: discursos de palabras en el aire, textos narcisistas cuando no onanistas, historias inconclusas que pretenden antes que resolver nada sorprender y distraer cualquier estrategia de supervivencia. Si la poscolonialidad pretende un modo de salir de la modernidad, la posmodernidad busca un modo de quedarse, a nombre de globalización, celebrando los residuos de la modernidad.

(Continuará)